
EUGENIO TRÍAS

La Cataluña ciudad

El pensamiento cívico en la obra
de Maragall y D'Ors

Prólogo de Miguel Trías Sagnier

Galaxia Gutenberg

Índice

<i>Prólogo</i> , por Miguel Trías Sagnier	9
Introducción	17
Patria y ciudad	21
Ciudad platónica y vuelta al caos (La polémica de Maragall y Xènius en torno a la idea de ciudad)	71
Ortega y Gasset ante la Cataluña-ciudad	99
Epílogo	115
Notas	123

Introducción

Este texto constituye un complemento de mi ensayo sobre *El pensamiento de Joan Maragall*. En dicho ensayo adopté, como opción metodológica justificada por el carácter mismo de la aventura poético-filosófica de Maragall, la premisa de analizar el marco externo, histórico, social y ciudadano en que esa gran figura se produjo desde y a partir de la interioridad misma de su propio pensar y poetizar, de manera que sólo a contraluz podía filtrarse dicho marco exterior. En el presente texto avanzo una reflexión en torno a la compleja sociedad civil catalana y barcelonesa, la que constituyó el marco característico en donde pudo insertarse Maragall, en relación dialogante y polémica con otras figuras relevantes de la época como Eugeni d'Ors, Unamuno e incluso Ortega y Gasset. De ahí que haya centrado mi reflexión fundamentalmente en el período aquel que corresponde al desarrollo mismo de la biografía maragalliana, un tiempo en el que Barcelona emerge como una ciudad competitiva con la capital de España, a modo de gran ciudad moderna, asumiendo Cataluña entera el carácter de una compleja sociedad civil desgarrada en clases

conflictivas, carácter que, a mi modo de ver, nos da la pauta fundamental para definir lo que tiene de propio y diferencial el «hecho catalán» y su peculiar sentido nacionalista.

Este texto constituye, pues, un amplio apéndice a mi libro en torno al pensamiento de Maragall. En él he invertido la opción metodológica, revelando las ideas maragallianas, lo mismo que aquellas otras con las cuales entró en relación, las de Xènius o de Unamuno en torno al concepto de ciudad y de sociedad civil, a partir de una reflexión sobre las fuerzas históricas que determinan las orientaciones ideológicas de los individuos reseñados.

No soy doctrinariamente idealista ni materialista, sino que inclino el método en función del rendimiento objetivo que persigo: en mi libro sobre el pensamiento de Maragall buscaba lo específico del pensar poético maragalliano; en este texto, en cambio, busco la identidad y diferencia catalana, que cifro en la civilidad, en la idea-fuerza de Ciudad, pensada en términos modernos, como síntesis de una sociedad civil emergente desgarrada en clases conflictivas, la cual, en el caso específico y diferencial catalán, se produjo de modo espontáneo, sin concurso ni investidura de un marco estatal moderno que hubiera podido propiciarla y fecundarla. Insisto en que es allí donde puede verse lo propio y específico de la moderna catalanidad, no en diferencias antropológicas ni cultural-lingüísticas. O no lo es de modo prioritario. El catalanismo político configura un nacionalismo civil y moderno en el que

las ideas de patria y ciudad quedan articuladas. En ello se diferencia *radicalmente* de otros nacionalismos que son *preferentemente* historicistas o antropológicos, o que basan su naturaleza en reflexiones historicistas o antropológicas.

Cataluña es un caso peculiar de sociedad civil compleja, carente de Estado y en pleito con un Estado que no corresponde a esa civilidad moderna cristalizada en Barcelona. Yendo más a la raíz sustancial podríamos decir que España ha sido, en el curso de este siglo, un pleito nunca dirimido entre un Estado pre-moderno no implantado en el seno de una sociedad civil, estado incardinado en una capital envuelta en los harapos de su espléndido aislamiento tibetano, y una sociedad civil en vías de modernización siempre en conflicto con dicho Estado, con el que sólo por la vía del litigio o del regateo desconfiado, cuando no por el camino de la guerra, sucia o abierta, ha podido llegar a pactar en términos siempre precarios, en medio de amenazas y mutuas desconfianzas.

Se trata, pues, de aproximarse a la Cataluña-ciudad, a esa Cataluña que tiene en el espíritu civil, civilizado y moderno, su signo de identidad y su diferencia específica dentro del marco hispano. Se trata de producir un concepto diferencial que salte por encima de míticas definiciones culturalistas o antropológicas de la identidad de un país cuyo sentido y orientación histórica ha consistido en alcanzar una sociedad civil compleja y en curso de maduración, sólo que desasistida por el Estado y

librada, en consecuencia, a la espontaneidad salvaje de sus propias fuerzas económicas, sociales y culturales. Cataluña quedará definida, pues, en su identidad compleja y desgarrada, como un esfuerzo colectivo por construir una sociedad civil que, en el curso del siglo, no ha gozado de la asistencia fomentadora de una estructura estatal moderna.

Esta definición me permitirá también determinar la realidad hispana en su conjunto como una realidad magmática e invertebrada que genera un Estado sin sociedad civil y una sociedad civil construida al margen del Estado. En ello debe verse la causa y la raíz de la invertebración hispana moderna y uno de los fundamentos radicales de sus conflictos civiles siempre latentes (y en este siglo trágicamente patentes). En ello, y no en míticas causas arqueológicas y atávicas, debe verse la clave de la profunda invertebración que, desde la radical crisis de identidad que se produce con la pérdida absoluta de las últimas migajas del imperio colonial, determina de forma hiriente el ser escindido y partido de la realidad hispana. Ello es lo que impide pronunciar, con plenitud de sentido y significación, como realidad compleja y pactada, al menos durante la primera mitad del siglo que llevamos conviviendo, la palabra España. Palabra que acaso adquiriera ese sentido si enraíza en un genuino pacto lingüístico, como palabra pactada, no como enunciación de una fantasmagórica realidad o sustancia suprahistórica.

Patria y ciudad

I

Salvo, quizás, algún carlista milagrosamente conservado que sueña aún en la Cataluña medieval, jerarquizada y gremial, o que retiene la más perecedera frase de Torras i Bages («Cataluña será cristiana o no será»), lo cierto es que, por todos los rincones del Principado, comienzan a oírse voces de inquietud y de esperanza respecto a la necesidad de revisar, críticamente, la idea vertebradora de *nación*. Revisión crítica, no liquidación ni desahucio. Importa hoy, más que nunca, poner al día, con frente despejada y con corazón abierto y apaciguado, esa idea motriz que ha guiado durante este siglo, desde la elaboración sintética extraordinaria que de esa idea hizo Prat de la Riba, el horizonte político y convivencial catalán. Pero enfrentarse de forma crítica a esa idea es bocado duro poblado de amenazas externas e internas. Amenazas externas, pues en Cataluña esa idea está asumida y está verbalizada, ha llegado a la conciencia ciudadana y ha sido integrada en la propia identidad. Por el contrario, en el centro de nuestra piel de toro suele quedar

enmascarada en el propio proyecto de Estado, propiciando así nacionalismos españoles que no se reconocen a sí mismos como tales. Pedir, por lo tanto, a los catalanes revisión crítica de esa idea vertebradora y motriz sólo puede hacerse en nombre de la madurez y de la confianza en las propias fuerzas reales y morales.

El complejo de castración es, en todos, individuos y pueblos, determinante fantasmático (pródigo en efectos muy palpables) que acosa y propicia, según como se le administre, la propia identidad. El fantasma del espejo roto, que no devuelve la imagen sino multiplicada grotescamente o en fragmentos, nos acosa a pueblo e individuos en quienes la violencia de los hechos agita y desmelenan nuestro propio lugar y territorio. Pero del descalabro de cierta imagen especular puede también, cual ave fénix, recrearse la identidad futura catalana: la identidad de un pueblo que es algo más que la vertebración *imaginaria* de todos sus rasgos constituyentes.

Lo cierto es que las ideas de patria y nación han padecido, en sus principales y más potentes teorizaciones, una fuerte dosis de ancestralismo rural y de esencialismo filosófico escolástico. Se las ha afechado, con poco sentido crítico y ningún sentido temporal e histórico, al «ser» y a la «esencia» de lo catalán; o se ha repartido, en buen espíritu pactista, el «ser» y el «proyectarse», sin llegarse a articular sintéticamente ambos verbos determinantes, según se dice, del espíritu a la vez continuista y

ecuménico, rural y comercial, tierra adentro y civil de Cataluña. La política autonómica de estos años ha sido la justa réplica, en sus indecisiones y en sus ambigüedades, de ese movimiento de repliegue tierra adentro y de tímida proyección hacia la «Cataluña moderna». La geografía electoral carlista insiste en el Principado, y alienta concepciones folklóricas de la cultura y de la vida pública. El carácter avasalladoramente urbano de la Cataluña de hoy no ha sido en absoluto asumido, ni ideológica ni culturalmente. Por eso, quizás, hoy más que nunca conviene redefinir ese lema de la resistencia, «hacer país», por el lema de la madurez alcanzada, correspondiente al estado de adulto, y que yo formularía del siguiente modo: «hacer ciudad».

Hoy, en efecto, puede pensarse, como idea motriz vertebradora de nuestro país, en esa Cataluña-ciudad a la que, con dificultad, pero con decidida y admirable energía, se empinaron, en la primera década de nuestro siglo, esos dos grandes escritores de ideas y pensadores de nuestro pueblo, Maragall y Eugeni d'Ors, tan distintos en sus contenidos, tan coincidentes en su búsqueda de la esencia *ciudadana*. Hoy urge retomar –bien remozado y adaptado a las realidades actuales– aquel insigne y silencioso debate entre dos modelos de Cataluña-ciudad, la urbe caótica y compleja, fundada en el pacto moral, la *ciudad del perdón* maragalliana; y la ciudad ideal, platonizante, discriminada geométricamente, con aduanas migratorias, con proteccionismo de población y librecambismo de ideas, tal como la

soñaba D'Ors. Personalmente me adhiero visceral y racionalmente a la agitación dorsiana respecto al tema Ciudad, respecto a su gran intuición de que es la ciudad lo que puede conferirnos identidad y diferencialidad; pero concibo la ciudad en términos maragallianos, como puse claramente de manifiesto en *El pensamiento de Joan Maragall*.

Hoy puede pensarse, como idea motriz vertebradora, en la Cataluña-ciudad, en la Cataluña que realiza de pleno esa vocación *civil* para la que, durante siglos, ha estado laborando, desprendiéndose, en ritmo armónico de continuidad y convulsión, de *seny* y *rauxa*, de cuantos sustratos provincianos y rurales la han propiciado. Cataluña puede apuntar hoy, una vez recuperada y reconocida su personalidad política, a esa consumación *civil* a la que de forma espontánea, a pasos agigantados, tiende; una Cataluña al fin fundida con esa Barcelona que ha ido trabajosamente propiciando y gestando. Pero pesan aún en nuestra mente, en nuestra ideología, nostalgias originarias y tomistas, anacrónicas conjugaciones del «ser» y de la «esencia» catalana, que impiden realizar en el pensamiento y en las obras esa idea-fuerza de la Cataluña-ciudad, Cataluña plena y radicalmente urbana, antagónica de todo sueño regresivo, remozado hoy por ruralismos ecologistas o veladamente hipiosos, nostalgia que en vano podrá ahogar un *destino de civilización y modernidad*, que esa es la «unidad de destino en lo particular» propia de la Cataluña-ciudad.

Sólo que esa Cataluña-ciudad no puede concebirse hoy desde la metafísica dorsiana, ya que no es la ciudad hoy concebible como ensanche o reserva burguesa neoateniense, trazada a golpes geométricos de aduana mental sobre ilotas y periecos, sino más bien en el sentido de la ciudad caótica y pactada, compleja y moral, desordenada y *racional* maragalliana, llena de vida y fuerza, confiada en sus propios desbordamientos. Configurar, sin dirigismo unilateral, esa ciudad grande y compleja, aprovechando *todas* sus energías, es tarea suficiente para ilusionar a las nuevas generaciones que comienzan a protagonizar, con sus actos y con su voz, la vida misma de la Cataluña-ciudad. La tarea consiste en hacer de Barcelona, síntesis concreta, individualizada y real de la Cataluña-ciudad, una *gran* ciudad, competitiva con otras *grandes* urbes, grandeza en sentido cualitativo, material y moral.

De no plantearse *prioritariamente* este objetivo, que implica desarrollar *todas* las energías ciudadanas, sean cuales sean su ideología y su habla, su procedencia y su grado de mestizaje, de persistir nuestros políticos en un dirigismo unilateral, fundado en una idea estrechísima de Cataluña y en un concepto ochocentista de nación, nos quedaremos, a la vez, sin Cataluña y sin Barcelona: aquella vegetará de nuevo en uno de esos inviernos sempiternos que, a principio de siglo, logró con heroísmo descongelar; y Barcelona puede ser, en pocos años, una ciudad de segunda o tercera fila, una hermosa Marsella, con todos los respetos para esta ciudad hermana.